

JUAN DE CHURRUCA ARELLANO

in memoriam

Humildad, ésta es quizás la palabra que podría caracterizar a Juan de Churruca, como persona y como intelectual. Este principio se convirtió en una forma de vivir en sociedad y en una forma de desarrollar su labor científica. Solía decir como observando a unos monos imaginarios que a éstos, cuanto más arriba trepaban en el árbol, más se les veía el culo. Trepar nunca fue lo suyo.

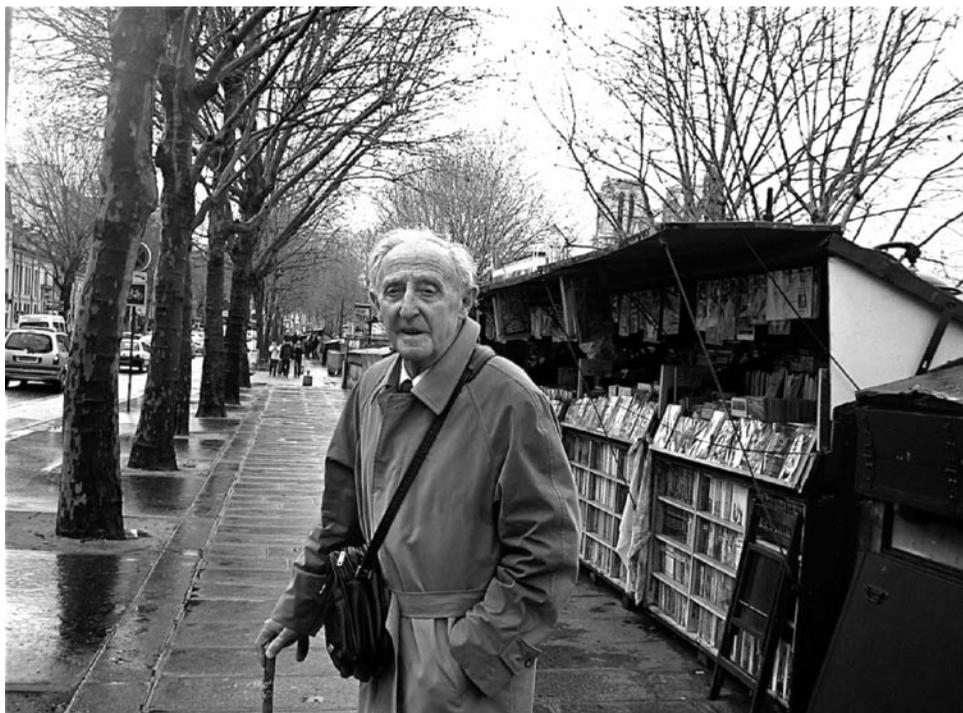
La humildad le condujo a buscar la verdad con estricto rigor y limpieza moral. Es esto quizás lo que le abrió el camino a su conexión con la ciencia alemana y con la Compañía de Jesús. En sus últimos años no dejó de reconocer la deuda que tenía con esta última y de agradecer la oportunidad que le había dado de desarrollar dos de sus amores: el estudio científico de la Antigüedad y la búsqueda de Dios, que, probablemente, fueran en él dos conceptos confundidos en sí mismos.

Era un bilbaíno austero y elegante, nacido en el seno de una ilustre familia, los Churruca, de raigambre guipuzcoana. Origen al que él solía aludir con respeto, aunque no sin su sorna característica. Recuerdo que en la entrada de su casa colgaba un antiguo retrato del almirante y que él amó profundamente tanto a la mar como a la montaña. Hablaba con los cangrejos de la ría de Guernica y con los pájaros que le salían a saludar camino del Gorbea. Por esa misma vía familiar tenía, además, un vínculo donostiarra con los Calbetón.

Vistió el hábito muy joven y, como buen jesuita, parece que no se lo hubiera quitado nunca. Sólo por pura formalidad cuando conoció a Marita, su esposa y madre de su hija, Esperanza. Tuvo su formación militar y retórica en Loyola, abrazado al santo y a los hayedos de los alrededores. Lo mandaron a Salamanca, donde, junto con las gárgolas de San Esteban, confesó en griego a las ancianas del campo charro, de lo que tomaba inmediata penitencia y de lo que se avergonzaba como un niño pillado con la mano en el tarro de los caramelos. Lo retiraron poco después a las tierras de Oña. Allá, en el plácido camino que va de este núcleo medieval al abandonado pueblo de Tamayo, practicaba la mayéutica con Sócrates y Platón, pero sobre todo, con los filósofos más humildes que salían a la par de la vereda al no tener sitio en el paraíso. En Valladolid se enamoró del arte de lo bueno y de lo justo y albergó en su tertulia de filósofos a Gayo y otros prudentes del derecho.

Obediente, recaló en Innsbruck leyendo en griego las palabras de Cristo adornadas de caridad y entrega, lejos de la soberbia e indigencia. Apoyaba su cabeza en el evangelio de Marcos y reunía en alemán a filósofos, juristas y evangelistas. Todavía en una larga trayectoria de formación pasó por Graz y Bonn. La estrecha vinculación con la ciencia romanística alemana quedó sellada para siempre y sus discípulos recorrerán más tarde ese mismo trayecto. Su doctorado en Derecho por la universidad de Valladolid coronará sus cuatro ámbitos de estudio: la Filología Clásica, la Filosofía, la Teología y el Derecho.

En diferentes campos de batalla se aplicó diligente en la lucha por el reconocimiento oficial de los estudios de la Universidad de Deusto y en ese trance tuvo que aplicar su noble figura en las alambicadas y difíciles entrevistas con diferentes ministros del gobierno español y autoridades de la curia romana. Y hasta dio la mano a un pez, aunque como sabemos quienes le conocíamos odiaba



el pescado. Pero el objetivo se logró en 1962 y Juan pudo varar su nave en aguas más tranquilas, en un refugio de estanterías y libros que fue la biblioteca de la universidad, en cuyos registros dejó una huella imborrable en los campos de la filología, la patristica, la historia del derecho y el derecho romano.

Apremiado por su responsabilidad como ciudadano y por el amor al país apuró la copa de sus cargos, por los que pasó corriendo y de los que se desprendió más tarde de lo que hubiese deseado. Cumplió con su *officium* cuando el lehendakari Ardanza se presentó un día en su casa y le reclamó para la causa de la *res publica*. En ese sentido fue el primer rector de la Universidad de Deusto (1960-61), decano de su Facultad de Derecho (1984-85), profesor en sus aulas desde 1963 a 1990 (con alguna salvedad), fundador y primer director del Instituto de Estudios Europeos (1979-1983), consejero de Educación del Gobierno Vasco (1985-87), presidente del Forum Deusto (1992-94) y profesor emérito de esa misma universidad desde 1990 hasta 2002.

En su calidad de investigador y miembro de varias asociaciones internacionales —*Société Internationale d'Histoire des Droits de l'Antiquité*, *Société d'Histoire du Droit*, *Asociación Iberoamericana de Derecho Romano*— no dejó de estar presente en congresos y jornadas que fueron organizadas en diferentes partes del mundo con comunicaciones y trabajos, que, en algunos casos, fueron posteriormente a la imprenta. Imposible el traer aquí toda la relación de aportaciones en los cerca de cuarenta congresos internacionales en los que participó. Ésta sería una breve expresión de todas ellas:

—*Les procès contre les chrétiens dans la seconde moitié du deuxième siècle* (Ankara, Société Internationale d'Histoire de la Antiquité, SIHDA, 1978).

- *Confesseurs non condamnés à mort dans le procès contre les chrétiens de Lyon de l'année 177* (Société d'Histoire de Droit, SHD, Besançon 1980).
- *Les innovations des constitutions impériales sur l'intercessio mulierum* (SIHDA, Perpiñan, 1982).
- *Der gerechte Lohn im Neuen Testament* (SIHDA, Salzburg, 1988).
- *La pluralité des lois dans la pensée des chrétiens des premiers siècles* (SIHDA, Amsterdam, 1992).
- *La soumission des peuples à l'Empire Romain d'après la Géographie de Strabon* (SHD, 1998, Bruselas).

A lo que habría que sumar sus conferencias en distintas universidades: Universidad de Amsterdam, 1986: *Patristische Literatur und deutsche römische Recht*; Universidad de la Sorbona, 1996: *Un conflict entre raison et còtume dans les chartes canoniques de Saint Basile*; Universidad de Colonia, 1997: *Die freien richterlichen entscheidungen (fazañas) in kastilianischen Recht des Mittelalters*; Universidad del País Vasco, 1999: *Cristianismo y Derecho Romano*; Universidad Complutense de Madrid, 2000: *La actitud del Cristianismo ante la esclavitud en los primeros siglos*.

En todos estos contactos internacionales intentó destacar lo menos posible y se aplicó con rigor un principio que después intentará inocular a sus discípulos: hablar en esos foros en el idioma que a cada uno corresponde. Su humildad, por un lado, pero su rigor científico y seriedad en el trabajo, por otro, le van a llevar a ser considerado, al principio, y estimado, después, por sus colegas del resto del mundo en Alemania, Austria, Holanda, Francia, Italia, etc...

Antes de que su tesis doctoral (1966), *Las instituciones de Gayo en San Isidoro de Sevilla*, viera la luz ya había publicado varias aportaciones al conocimiento del cristianismo y el derecho romano, especialmente en San Isidoro. En este contexto habría que destacar su artículo *Presupuestos para el estudio de las fuentes jurídicas en San Isidoro de Sevilla* (*AHDE*, 43, 1973, 429 ss.). Una de las tesis que defendía Juan en esos trabajos era el que Isidoro no se valió de una copia directa de las Instituciones de Gayo, ni tan siquiera del *Epitome Gai* (el Gayo visigodo), sino de una versión mucho más tardía.

Cristianismo y derecho romano constituirán a partir de entonces una línea indeleble en la investigación que va a ir trazando un largo trayecto. Algunos de los trabajos tenían como motivo la relación de los cristianos con las actividades bancarias y se ampliaron a partir de su aportación: *Die Gerichtsbarkeit des praefectus urbi über die argentarii im klassischen römischen Recht*, publicado en la prestigiosa *Zeitschrift der Savigny-Stiftung*, sección romanística (ZSS 108 [1991] 304-324). Es el caso de su estudio sobre el cristiano Calixto, que fuera, posteriormente, aceptado como papa por la Iglesia (*La quiebra de la banca del cristiano Calisto (circa 185-190)*, *SemComplDRom* 3 (1991) 61-86.). En esa trayectoria habría que destacar también las investigaciones sobre las persecuciones y los procesos contra los cristianos de los primeros siglos, entre las que brillan los trabajos sobre las persecuciones contra los cristianos de Lyon en época de Marco Aurelio, y el más amplio en referencia a la actitud del cristianismo primitivo ante las instituciones del Imperio romano, que verá la luz en forma de monografía con el título *La actitud del Cristianismo primitivo ante el Imperio Romano* (Granada, 1999).

Parte de todos esos estudios será volcado posteriormente en su monografía *Cristianismo y mundo romano* publicada en Bilbao en 1998. La edición que se hace en Madrid en 2009, con motivo de la concesión en el año 2008 del premio internacional de la fundación Ursicino Álvarez en su primera edición, recoge los artículos posteriores a 1998.

En su vertiente docente escribió, junto con su discípula Rosa Mentxaka, un manual para la Introducción histórica del Derecho romano, que debe ir por su décima edición, y que mereció ser traducida al euskera con el título *Erromatar zuzenbidearen sarrera historikoa*. Y en esa misma vertiente, preocupado por la formación de sus alumnos y con la intención de darles unas pautas para que

tuvieran los instrumentos para apuntalar su formación, bajo el seudónimo de Juan Hontza (Juan Búho), escribió varios trabajos de tipo esencialmente pragmático y pedagógico, entre los cuales se halla uno con el título *Saber estudiar*, publicado en Bilbao en 1984.

Con ese prurito de responsabilidad con el que arrostraba todos los compromisos y llamado por el sagrado vínculo de la *amicitia* romana, que le hacía ser más cumplidor que el propio Cicerón, decidió en Marzo de 2006 asistir al acto de homenaje que se rendía a su colega el profesor Olivier Guillot en la universidad de la Sorbona en París. Marita había ya fallecido y Juan no se encontraba lo suficientemente bien para aventurar un viaje en solitario. Por lo que decidimos que uno de sus discípulos le acompañara. Al final, fue a mí a quien cupo la suerte de acompañar a Juan en un viaje inolvidable.

Es uno de los recuerdos más agradables que un discípulo puede tener de su maestro. Por aquellas fechas París estaba tomada por los exaltados de la *banlieue*. El Boulevard Saint Michel una tarde de finales de Marzo de 2006, víspera de una huelga general en Francia, se hallaba como un plato de sopa cuando se la deja reposar. A la Sorbona, cerrada a cal y canto, una negra triple hilera de CRSes la hacía totalmente inaccesible. ¿Qué hacíamos maestro y discípulo por aquel París desolado, bello hasta la muerte, intentando acceder a una universidad que se había cerrado porque los estudiantes querían quemar los ordenadores de sus profesores?

Aprendí aquellos día parisienses con Juan más de lo que uno puede soñar. Apoyados en nuestras maquillas recorrimos todo el desolado barrio latino en el que lo único que se movía era algún turista japonés y el espíritu de San Ignacio. Comimos en absoluta intimidad en la *Cassolette*, frente a la Sorbona, ante un dueño de un restaurant que se desesperaba por la ruina que le iba a significar la ruptura del *limes* por las huestes de la *banlieue*. Más tarde, sentados en un banco de los jardines de Luxemburgo, Juan me descubrió los secretos de la mayéutica y las técnicas jesuíticas del progreso personal a través del examen de conciencia, el acto de contrición y el espíritu de enmienda, técnicas que no eran para mí desconocidas, pero que adquirieron un nuevo sentido en las palabras del maestro. Es allí cuando me dijo lo del culo del mono y aquella cita del libro de los Proverbios que él aplicaba con disciplina militar: *nunca levantes la voz en el Consejo de los Ancianos* (que a él se lo había transmitido un hermano gallego) y se concretaba, según él, en la expresión: *cuando haya marejada iza el pabellón de tonto*.

Al final, accedimos al homenaje a Guillot. De forma sutilmente ignaciana asaltamos por la *Rue de la Serpente* el reducto rodeado por el *bellicarum machinarum et muralium apparatus* de los estudiantes sorbonianos y nos colamos, por fin, en la sede improvisada del homenaje al ilustre profesor de historia del derecho. A Juan se le encendieron la cara y el alma al reencontrarse con los pocos *amici* que pudieron saltar aquella línea Maginot. Y al profesor Guillot se le hizo un homenaje un tanto sesenta y ochesco, a la usanza del París de nuestra juventud, en un pasillo, en blanco y negro, con poca luz y con un vigía apostado en una esquina que lanzara un aullido si venía el piquete o entonara *L'elisir d'amore* si los CRSes.

Deja aquí, además de una hija y una nieta, muchos amigos de sus salidas a la montaña. Deja la montaña misma, sus verdes, sus ocres, su caída barrigona hacia el mar en que se confunde con la bruma y la calma chicha de la bocana de la ría de Guernica en Mundaca. Ha zarpado ya desde Txarraramendi rumbo a la isla de Ízaro, barloventeando a una sola vela, inflamada tenuemente por el aliento de los muchos alumnos que le recordarán como hombre bueno y sabio, y el de un grupo de discípulos, tanto en la universidad de Deusto como en la Universidad del País Vasco, que no dejarán de aplicar sus enseñanzas. No es casualidad que estén a punto de ser entregadas al Servicio Editorial de la UPV/EHU las páginas de una monografía con artículos de esos discípulos sobre cristianismo y mundo romano, junto con una traducción de las Instituciones de Gayo al euskera

en base a la transcripción del especialista en ese jurista, Ulrich Manthe, que a Juan seguro le hubiera gustado tener entre sus manos.

Al morir Marita decidió, en el único acto de soberbia que se le haya conocido, que también había terminado él. Repartió sus libros entre sus discípulos —no consintió que se hiciera un fondo Churruca y riñó a quien osó plantearlo—, se despidió de sus amigos, de sus pájaros, de sus cangrejos, y devolvió las llaves de su despacho a la Universidad de Deusto. Dios, sin embargo, debió de pensar otra cosa para él, y le recordó que uno no se va cuando quiere. Mientras sus filósofos, sus juristas, su memoria reciente se le escapaban como humo hacia el cielo Juan esperó con el gesto estoico y la oración en los labios. Al final se cubrió la cabeza con la toga del filósofo y se fue con todos los demás. Goian bego.

JOSÉ ÁNGEL TAMAYO ERRAZQUIN